

lencio de Oxfeler hacía de cuando en cuando sospechar á la virgen que estaba olvidada en el corazón del héroe que sólo anhelaba la sangre y la gloria. ¿Qué soy yo, se decía á sí misma en comparación de la perspectiva de fama que él tiene ante sus ojos? Anhela los combates y no aprecia ni mi afecto ni mi amor.

Sin embargo, esta idea no la afligía mucho. Esta falta del héroe le volvía en parte su libertad, y ella se conocía dispuesta á desterrarlo de su pensamiento. Su idea favorita era entonces ceñirse la banda de las sacerdotisas del sol, y vivir separada del universo. En los pensamientos tristes nos fijamos en la religión y ella es el consuelo de las calamidades del dolor en la vida. ¡Oh la joven bellísima del Anáhuac no tenía escrita la felicidad en su hoja del libro del destino!

En aquellos días se recibió una carta del hijo de Ogaule, en que hacía mención de Netzula. Estaba llena de un fuego que aun en sus primeras cartas jamás había usado. Los ancianos la leyeron á la hermosa, y en el encarnado de su rostro creyeron leer el placer mal disimulado de su corazón: pero los pensamientos de la doncella se habían oscurecido con estas expresiones del amor.

Vuelta á la casa de su madre, meditaba en estos acontecimientos, y en su alma luchaban una multitud de irresoluciones. Oxfeler es su amante, el amante de la elec-

ción de su padre, el que ha tenido ya su palabra y su consentimiento; pero á pesar de las expresiones de ternura que le prodiga, á pesar de las esperanzas de fortuna y de gloria unidas á este enlace, ¿qué vacío deja en su corazón! ¿qué imposible es para ella desterrar de su alma á ese guerrero desconocido que no tiene otro mérito que la impresión repentina que ha hecho sobre su alma!

Pero ya es casi público el matrimonio tratado entre el jefe glorioso y la hermosa de Anáhuac, y no pudiera sin manchar su fama, ofrecer á otro un corazón en que había ofrecido colocar al héroe de la patria: este respeto á nuestro honor y á la fama pública es la pasión de las almas grandes: si á Netzula sólo se hubiese ofrecido por inconveniente la pérdida del puesto glorioso que la esperaba al lado de Oxfeler, no hubiera vacilado un solo momento para romper el compromiso que la unía con él, pero no podía resolverse á sacrificar su honor.

De esta manera resolvió separar de su corazón el recuerdo del cazador, y consagrarse entera al hijo de Ogaule: se ofrecía al sacrificio, y si lo resistía su voluntad, encontraba un apoyo en su conciencia y en la razón, pues ningún título podía tener á su amor un desconocido á quien sólo había visto dos veces, y cuya alma y costumbres estaban cubiertas con un velo.

Contestó, pues, la carta del héroe con to-

do el entusiasmo, que si no inflamaba su corazón, al menos era correspondiente á sus deseos y á los propósitos que había formado. Le ofreció de nuevo confirmar sus promesas con la solemnidad más fastuosa, luego que el laurel de la guerra cediese su lugar al mirto del amor.

He aquí, dijo una noche al despedirse á su padre, mi respuesta al electo de vosotros; y sonrosándose partió al momento. Ixtlou leyó la carta, y abrazó ardentemente á Ogaule diciéndole: Amigo mío, he aquí el alma, he aquí la voz de mi Octai: cuando luchábamos en los juegos de la fuerza, así me hablaba la virgen de mi amor. Los ancianos sintieron una lágrima correr por sus mejillas, y gozaron anticipadamente el placer de la unión de sus hijos.

V.

Los hijos de la España se han extendido por los campos de Anáhuac, como la tormenta que cruza por el inmenso cielo: el camino que conduce á la mansión del monte de los ancianos, está cada día más peligroso é inseguro: ya las marchas de la virgen se retardan, y sólo se desliza por los campos cuando la llama la necesidad, ó puede servirla de asilo el obscuro seno de una noche lóbrega.

La mano dura de la enfermedad se asien-

ta sobre su frente, y el color de la rosa desaparece de sus mejillas: los pesares y los tristes presentimientos de su corazón, agravan sus males. Se presenta una noche á propósito para ir á la cueva; la virgen procura esforzarse, pero Octai más prudente se ofrece ir á ella, y logra con trabajo que su hija permanezca en la casa.

Ha partido ya; pero también el sueño está muy lejos de los ojos de Netzula; Octai no volverá hasta el amanecer, pero su hija ha resuelto esperarla, y no gozará de la tranquilidad antes de su vuelta. La inquietud por las personas que amamos, es uno de los tormentos de la vida.

Netzula se ha colocado en una ventana, y espera con ansia á la madre á quien debe el ser: la noche está obscura, las nubes presentan un cielo negro y uniforme, como el velo de un sepulcro: una estrella brilla solitaria por un momento, y va á perderse en la obscuridad: así el rayo de la dicha para los hombres, brilla un instante, y desaparece en la inmensidad de los dolores.

Dentro de poco el agua cae impetuosamente, y el corazón de la doncella late con violencia: sabe que el camino de la montaña está cortado por muchos despeñaderos, oye distintamente el ruido de los torrentes que se precipitan de la altura, y entre tanto se aproxima la hora en que Octai debe volver.

Esta hora ha pasado, y nadie se presenta,

el albergue paternal no ha oído otra voz que las violentas exclamaciones de la hija del héroe. Quiere salir; ¿mas adónde puede dirigir sus pasos por un suelo cortado en aquella hora por mil torrentes? Así pasa hasta el amanecer la noche en una mortal inquietud.

Al empezar la luz mira aproximarse entre las sombras del campo una figura elevada, y su pensamiento se fija por un momento en la idea halagüeña de que será su madre; mas las grandes formas del que se aproxima, le hacen conocer que no es ésta la delicadeza de Octai.

Muy pronto no puede dudar ya que es la misma Octai que viene en los brazos de un hombre. Netzula sobresaltada, se precipita á la puerta, donde encuentra á su madre en pie al lado del extranjero; la joven reconoce en éste al guerrero que la había acompañado en la noche.

Hija mía, exclama Octai, reconoce á mi libertador: perdida en los montes, abrumada por la tempestad, desfallecida por el cansancio, esperaba la muerte recostada sobre la yerba; pero este hombre se presentó al socorro de mi desgracia, y vuelvo á ver á la hija de mi amor.

El guerrero permanece en pie en la puerta de la casa: fijos los ojos en la virgen, la clavaba con sus miradas: Netzula á su vez, parecía pedir al héroe la explicación de aquel suceso, y como preguntarle si-

lenciosamente, por qué motivo había podido hallarse en tan horrenda noche sobre la montaña.

De todas maneras, después de la última resolución en que se había determinado á acompañar al altar á Oxfeler, esta aparición repentina del desconocido, á quien á pesar suyo se inclinaba su corazón, cuya imagen aún vivía en él, era una especie de fatalidad unida á su destino: el nuevo mérito que acababa de contraer, era una circunstancia que contribuía á avivar en su alma este sentimiento que tantas veces había querido desterrar de ella: el héroe era el libertador suyo, el salvador de su madre, y este hombre era al mismo tiempo el amado de su corazón.

Octai se retiró un momento á mudar su vestido que estaba empapado con el agua de la pasada tormenta, y Netzula sola con el guerrero teme una explicación. Para aparentar serenidad, y evitar si era posible el entusiasmo de su amante, le pregunta con interés el modo con que ha podido encontrar á su madre: el guerrero levanta la cabeza, y con acento apasionado responde: "A vos era á quien yo buscaba." La joven se sonrosea, y guarda silencio. El continúa:—Desde la noche en que os encontré por el monte, he venido á él frecuentemente, esta habitación ha sido mis delicias; esta noche encontré á una mujer tendida y casi moribunda por la tempestad; pero

estaba muy lejos de creer que era yo útil á vuestra madre. Hermosa joven ¡ah! una mirada, y quedarán compensadas todas mis penas.

La doncella cada vez más embarazada, desearía poner fin á las palabras del hombre; pero ellas causan un placer secreto á su corazón: sus hermosos ojos se fijan en él por un momento, y vuelven á clavarse en la tierra: una sola mirada, pero en ella ¡cuánta gratitud, cuánto interés, cuánto amor!

Sed mía, exclama el extranjero; estoy cubierto de gloria, mi presencia es el terror del enemigo y mi corazón es todo vuestro; sed mía, no temáis: nadie puede oponerse á mi voluntad: la gloria, el poder, la opulencia, todo estará á vuestros piés, y más que todo mi alma que os adora; ó si os agrada, á todo renuncio: vendré á vuestro lado á vivir feliz, y á haceros dichosa con vuestra madre; vuestro amor lo prefiero á todo.

—Imposible, imposible, responde confusa y precipitadamente Netzula; consagrad vuestro corazón á otras hermosas, vos seréis su delicia: ¡ah! puedo amaros; pero unirme con vos, jamás, jamás.

—Vuestra madre se acerca, replica el héroe, concededme á lo menos una gracia: decidme dónde puedo veros, y todos los obstáculos desaparecerán. Hermosa de Anáhuac, ¿desecharéis á un jefe cubierto de gloria?

—No puedo veros, contesta la doncella casi llorando: he ofrecido á otro mi corazón, no hay remedio, no hay remedio; mi pecho debe estar ya cerrado al amor.

Octai les interrumpe en este instante: atribuye la turbación de su hija á la conmoción que ha experimentado en su ausencia, y en la exaltación ardiente de su gratitud, prodiga con ternura mil expresiones de amistad al extranjero: éste la escucha silencioso; sus miradas que de tiempo en tiempo caen sobre Netzula, llevan impresa la compasión, el amor y la desesperación, todo á un tiempo.

Octai procura hacerle aceptar algunos regalos, en vano; el guerrero dirige algunas palabras amistosas y melancólicas á la madre de la hermosa, y ha partido ya.

VI.

La joven está solitaria y afligida: mas los pensamientos del guerrero desconocido cubren su alma: su pecho se levanta de tiempo en tiempo con los suspiros de amor: pero la memoria de Oxfeler viene á oscurecer su corazón como una visión fúnebre que se aparece en medio de la obscuridad de la noche.

Octai habla del libertador, y dirige á su hija palabras que respiraban toda su gratitud: alaba su hermosura, su gracia, y el valor y la fuerza sin igual con que había

atravesado, con ella en los brazos, todos los torrentes, todos los precipicios. Netzula sonríe al escucharla; mas esta sonrisa estaba muy lejos de ser la expresión pura de la felicidad.

Octai entre tanto había perdido en aquella noche todas las fuerzas que le quedaban: la edad había deslucido el esplendor de su frente, y el sueño del sepulcro pesaba ya sobre sus lindos ojos negros, sus lindos ojos que fueron en los días de su juventud el amor de los héroes.

La hermosa, ya restablecida, protesta á su madre que no volverá á permitir que se arroje á las montañas, que en dos ó tres días ya estará ella misma capaz de visitar á los ancianos, y que el gozo de estrechar contra su pecho á su padre, se aumentará con la idea de dejarla en seguridad.

Llega por fin la noche de la partida al monte, y Netzula siente aproximarse la hora de su marcha como un momento de infortunio: el desconocido la ha dicho, que la noche de la tempestad á ella era á quien esperaba en el monte; ¿por qué no la esperará hoy? Su vista era para ella un placer profundo; pero sin embargo hubiera deseado no verlo más.

La luna no se presenta sobre el horizonte; pero las estrellas centellean con todo su brillo: la virgen las mira, y parte entre los latidos de su corazón: desearía que hubiese pasado ya aquella noche, y sin embargo, la consuela la vista de los ancianos.

Con la rapidez de una fugitiva ha atravesado el monte: padre mío, exclama arrojándose en los brazos de Ixtlou: el anciano la estrecha sobre su corazón, y Ogaule viene á unir sus caricias á las de Ixtlou, y entre ambos disipan el pesar de la esposa de Oxfeler. La noche pasa sin sentirlo, y las horas de la felicidad se acercan á su fin. Anda, exclama Ixtlou, hija mía, va á amanecer, y es necesario separarnos. Tu madre te llama.

Netzula pasa por el monte con la misma velocidad que ha venido, y va llena del amor de sus padres; mas las caricias de Ogaule tienen algo de triste para ella: le recuerdan á Oxfeler, y esta memoria es penosa para su alma.

Ha salido ya de la montaña, y repentinamente se encuentra rodeada por cuatro soldados cuya lengua es ignorada de ella; no puede dudarle, ha caído en manos de los españoles; conoce todo el horror de su desgracia, y se resigna al sufrimiento; todo lo ha perdido para siempre, sus padres, su patria ya un su amante. La memoria de la aflicción de su querida madre no es el menor de sus tormentos. Inclina la cabeza, derrama una lágrima, y marcha como la víctima al sacrificio del sol.

Pocos pasos ha caminado, y sus opresores han huído abandonándola sobre el campo solitario: la luz del oriente ilumina ya todos los objetos, y brilla sobre las armas y el plumaje del héroe de los jardines que

se presenta á su lado. Netzula sorprendida guarda silencio.

—Hermosa joven, exclama el guerrero, he pasado las noches en la montaña esperándoos, y en esta os he visto atravesarla; no he querido desobedeceros presentándome á vos, y era mi resolución contentarme con solo vuestra vista; pero los hijos del océano os sorprendieron, y no he podido dejar de libertaros; si ellos se hubiesen defendido, mi muerte era cierta, pues estaba solo; mas han creído por mi traje que el ejército me seguía.

—Valiente guerrero, dice Netzula levantando su frente, todo os lo debo; huid, estos hombres vendrán dentro de un instante, y seremos sus prisioneros, huid, huid.

—Huyamos, contesta el desconocido, huyamos, é hincándose ante la joven, continúa: Sígueme, sígueme, ven á gozar en mis brazos de toda la felicidad; ven, la gloria, el poder, el amor, todo te llama á ser mi esposa, sígueme al altar.

—¡Nunca! exclama Netzula llorando, nunca; la felicidad no se hizo para mí; estoy cerca de la casa de mi madre, huid vos, huid.

—Pues que no podeis ser mía, grita furioso el guerrero, poniéndose en pie, pues que no podeis ser mía, id á gozar en brazos de otro, de los placeres; yo voy á buscar la muerte entre los enemigos; y se dirige apresuradamente en seguimiento de los españoles.

Netzula sobresaltada quiere detenerlo; pero él se ha separado bastante lejos de ella. Jamás seré de otro, exclama la virgen; suspirando el héroe vuelve apresuradamente, y tomándole una mano que estrecha en sus labios, le repite, sígueme, sígueme.

—Nunca seré de otro, dice Netzula con toda la emoción del amor; pero no puedo ser tuya. Continúa con firmeza: guerrero, la patria es tu primer deber, no la prives por una pasión del auxilio que debe esperar de tí en los días de su conflicto; vuelve al ejército, y consuela con la gloria de tu dolor.

—Si la patria me llama, repite el héroe, combatiré por ella, pero buscaré la muerte en los combates, pues no hay felicidad para mí. Adiós, mujer incomparable, adiós; cuando la voz de mi muerte haya herido tus oídos, recuerda toda la violencia de mi amor. Adiós.

El héroe ha marchado con la celeridad de la desesperación; Netzula no menos llena de dolores, pero conociendo el peligro ha vuelto aceleradamente á la casa de su madre.

VII

Octai, madre tierna, esperaba á su hija con la impaciencia del afecto y de la incertidumbre: luego que la vió procuró infor-

marse de la causa de su dilación, y la joven la refirió todo lo acontecido sin ocultar otra cosa que las protestas de amor del guerrero, y la promesa que le había hecho ella de no ser jamás de otro.

El alma de Octai se exhaló en expresiones de gratitud al desconocido, y las exaltadas palabras de la madre se encontraban en una armonía perfecta con el corazón amante de la hija.

Entretanto los males de la ancianidad no pierden nada de su fuerza, y cada día aproxima al sepulcro á la esposa de Ixtlou. Las continuas agitaciones de su alma conspiran con su debilidad para conducirla aceleradamente á su fin.

Netzula por su parte se ha resuelto ya: tomará la banda de las sacerdotisas del sol, y renunciará para siempre al poder, á la gloria y á los hombres: sin embargo, esta renuncia ha hecho correr sus lágrimas. Para renunciar á Oxfeler bastaba renunciar las grandezas del mundo; pero para renunciar á los hombres era preciso renunciar á su querido, al desconocido libertador suyo y de su madre.

Pero no hay remedio: ha prometido su mano á Oxfeler: puede todavía renunciarle, pero no puede escoger otro esposo: satisfecha de su resolución, recobra su tranquilidad, pero está grave y triste como la música de un funeral.

Los males de Octai no permiten á su hi-

ja que le comunique una cosa que causándole una emoción violenta, puede agravarla; pero la comunicará á su padre, y remitirá á Oxfeler una carta en que renuncie á su enlace. Esto le parece lo mejor, y el único partido que le resta.

Ixtlou oye silencioso la resolución de su hija, y aunque penetrado del más profundo dolor, no se atreve á oponerse á ella: cree este acto obra de la religión, y espera que el tiempo acaso destruirá en el corazón de Netzula el entusiasmo de la que ve poseída. Conviene, sin embargo, en que se avise á Oxfeler y se reserva el volver á unir este enlace cuando se haya terminado la guerra y la presencia de Oxfeler pueda hablar en su favor á Netzula.

La joven, como descargada de un grave peso, vuelve á la casa de su madre: ya no hay aquella lucha de afectos que destrozaban su seno; pero la imagen del desconocido parece un tormento que la hace detestar esa banda sagrada que va á ceñirse y que ha escogido por él.

Octai la recibe con todo el afecto de una madre; pero su voz está débil y lánguida, como una sombra, como una voz de las personas que ya no existen. No hay ya esperanzas: va á abandonar á su hija para siempre y ésta determina avisar á su padre.

Ixtlou no teme á los peligros cuando se trata de ver por la última vez á la querida

de su juventud: ha dejado la cueva del monte y le acompaña Ogaule: ambos están al lado del lecho de muerte. Octai fija sus miradas alternativamente sobre todos sus amigos, y sin poder hablar, recomienda en palabras interrumpidas á su hija que cuide de Utali.

Su hija estrecha contra sus labios la mano helada de la moribunda: Octai fija sobre ella una mirada, y sus ojos están inmóviles para siempre. Está concluido: la hermosa, la brillante Octai, la que era la admiración de su juventud y á cuyo lado se agolpan los amantes, ha muerto sola con su esposo y su hija y el amigo de ambos.

La hija conserva su serenidad exterior; pero la dicha no volverá á lucir para ella: procura consolar á su padre; mas ella misma necesita más que nadie de los consuelos. ¡Cuánta tristeza ha caído sobre ella en tan pocos días!

Ve conducir á su madre al sepulcro: las lágrimas corren en silencio sobre sus mejillas; pero ningún grito, ningún acto de dolor estrepitoso se le ha escapado. Estas almas que reconcentran el dolor en sí mismas, sufren más, y como si los pesares no hallasen salida, se fijan de un modo firme en su corazón.

Entretanto, ha llegado un correo del ejército: trae la respuesta de Oxfeler; manifiesta un sentimiento frío por la resolución de Netzula, y comunica que está para darse

una batalla general que será casi decisiva.

Este aviso ha distraído á Ixtlou de su pesar: las memorias de sus pasados años renacen en su alma: recuerda los combates de su juventud, y en unión de Ogaule, ha determinado ir á presenciar el día de la batalla: marcharán, y sólo encargan á sus hijos que les den el aviso oportuno para presentarse en el campo.

Conversan entre sí, y se cuentan las hazañas que hicieron en los otros tiempos. Netzula los escucha, y el recuerdo de su guerrero desconocido entretiene su pensamiento, mientras los ancianos se pasean sobre los días pasados.

Netzula no ha vuelto á hablar del templo del sol, y su padre, que aun conserva la esperanza de unirle al jefe de Oxfeler, no quiere apresurar la ejecución de un proyecto, que aunque en secreto, pero ha sido reprobado: así pasan los días entre los diversos afectos del corazón de la joven, y la lucha de los sentimientos impetuosos.

VIII.

¿Qué es la vida? el sueño del infortunio. El llanto en la cuna, los pesares de la juventud, el sepulcro por término de la carrera. Tal es la suerte del hombre.

Abatida por los dolores, la hija de Ixtlou

sentía arder sobre su frente la fiebre que la conducía á la tumba; pero no queriendo afligir á su padre, callaba, y miraba la muerte como el lecho de su descanso, el asilo contra la tormenta.

Una noche que el sueño había huido de sus ojos, se encaminó á la roca que guardaba el cuerpo de su madre: el cielo brillaba en su esplendor; la naturaleza está serena; pero el alma de la virgen, como cubierta de un velo negro, no pueden penetrar á ella las ilusiones agradables.

Se sienta sobre la roca, y se entrega á su llanto y á su meditación: las ideas tristes pasan rápidamente por su alma, pero dejan en ella rastros profundos. Se ha serenado un poco: sus palabras son ya más claras, y el aire de la noche recibe el acento melodioso de la joven.

—La noche está al rededor de mí: mi madre á mi lado: el dolor sobre mi corazón: madre mía, tú eras mi encanto en las horas de la infancia. ¡Ay! los días brillantes de mi juventud han pasado, no miro tu sonrisa, ni oigo tu voz en la casa de mi padre.

—Ahora mi frente está abrasada, abrasada como la hoguera del sacrificio; pero mañana estará á tu lado fría, helada, como el monte de la nieve: madre mía, abre tus brazos, haz un lugar en el lecho de tu descanso á tu hija, tu hija á quien tanto amabas en tu vida.

—¡Adiós, Ogaule; adiós, Utali, hermano mío; Ixtlou mi padre, héroe de los pasados días, adiós! Y tú, guerrero desconocido, amado mío, tú, cuya presencia me ha encantado, cuya imagen está fija en mi corazón, ya no volveré á verte.

—Yo era en otros tiempos la hermosa de Anáhuac, toda la belleza de la juventud estaba sobre mi frente: ahora las esperanzas de fortuna, de gloria, de amor, todo está concluido: amado mío, si en algún día tu voz llamare á tu amada sobre su sepulcro, mi sombra vendrá á corresponder con una sonrisa tu memoria.

El canto de la noche ha cesado: Netzula ha bajado de la roca y camina por el campo triste y solitaria: Ixtlou se le acerca con el paso grave de la edad y le dice: Hija mía, sígueme, vamos á los campos de los guerreros: mañana debe ser la gran batalla: si los nuestros cayeren, cúbranos su tumba: mis ojos no verán la ignominia de la partía: si el triunfo corona á los hijos de los héroes, yo me regocijaré en las fiestas de la juventud, y será pacífico después mi sueño sobre el lecho de tierra. ¡Ah! ¿por qué mi brazo no puede sostener ya la espada de los combates?

El anciano calla: Netzula sigue á su padre, y Ogaule é Ixtlou se apoyan sobre el hombro de la joven: el camino es silencioso, pero los pensamientos llenan el alma de los viajeros: Ixtlou y Ogaule están entregados

á la gloria de sus hijos: Netzula piensa en la suerte de su amante de los jardines.

El campo está lejos, y el mediodía los abrasa con todo su fuego antes de llegar; mas parece que los ancianos han cobrado nuevas fuerzas: Netzula ardiente por la fiebre que la devora, tiene en sí misma todas las que necesita, y nadie siente el cansancio.

Se han aproximado: el rumor de las armas y de la batalla hiere sus oídos: el aire está cargado de voces de muerte: los ojos de los ancianos parecen haber recobrado el fuego de sus primeros días: sólo el alma de la joven está triste con aquel rumor sangriento.

Un guerrero se presenta entonces á los viajeros: la palidez de la muerte lo cubre, y el terror está en su frente: sus vestiduras están abrasadas y llenas de sangre.

—¿Dónde está la batalla, exclama Ixtlou, dónde los valientes de Anáhuac?

—Los hijos del océano prevalecen, contesta el guerrero: el fuego de sus armas nos devora: la cabellera de nuestros bravos rueda por el polvo.

—¿Dónde está Utali? exclama Netzula en su dolor.—Utali y Oxfeler, responde el soldado, están en ese bosque: su espada ha sido el terror de sus enemigos; pero heridos mortalmente, han sido retirados aquí á morir en paz: su gloria se levantará en los campos de los héroes; pero el sol favorece á los extranjeros.

Los ancianos se encaminan al bosque: los heridos y moribundos están allí, y las vestiduras de la hija de Ixtlou se han salpicado de sangre: el anciano ha conocido á Utali:—Hijo mío, exclama, has muerto como los valientes; pero tu padre no te sobrevivirá: el hijo del extranjero ha destrozado la patria; pero tu gloria se levantará sobre tu sepulcro.

Utali ha expirado ya: Netzula en pie al lado de su hermano, le contempla con toda la amargura de su dolor: siente desfallecer sus fuerzas, y va á caer al lado de su hermano.

Ogaule llama la atención de Ixtlou: he aquí á mi hijo, le dice, y le señala un guerrero extendido sobre la yerba: la joven levanta los ojos, y cree reconocer el plumaje del moribundo: fija sobre él sus miradas, y este Oxfeler, á quien ella misma había despreciado, este héroe cuya unión ha rehusado, es el mismo guerrero de los jardines, es su libertador y el de su madre.

La joven se precipita sobre él y exclama: “Amado mío, amado mío, tuya para siempre.” El moribundo entreabre sus ojos, y estrechando con una mano á su amada, sonríe tristemente, y le señala con la otra su herida: ha querido hablar, mas las palabras no han podido llegar á sus labios.

El héroe expira en los brazos de Netzula. Pues que no he podido acompañarte en mi vida, exclama ésta, te seguiré á lo

menos al sepulcro. Procura incorporarse: en vano; toda su fuerza la ha abandonado: los españoles llegan en este instante: su espada completa la destrucción de la batalla: los deseos de Netzula están cumplidos: su sangre se ha mezclado á la del jefe de Anáhuac.

Diciembre 27 de 1832.



DON MARIANO NAVARRO.